

## El uso del aforismo en la correspondencia de Voltaire The use of the aphorism in Voltaire's correspondence

Nantu ARROYO  
*Universidad Autónoma de Madrid*  
[nantu.arroyo@uam.es](mailto:nantu.arroyo@uam.es)  
ID ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7093-2557>



**Microtextualidades**  
Revista Internacional de  
microrrelato y minificción

*Directora*  
**Ana Calvo Revilla**

*Editor adjunto*  
**Ángel Arias Urrutia**

### RESUMEN

Voltaire es uno de los philosophes más reconocidos de la ilustración francesa, famoso por su vocación social y política en la lucha contra la intolerancia religiosa y el fanatismo; es considerado como uno de los primeros filósofos que ejercerán una importante influencia sobre la opinión pública. En este artículo analizaremos la vinculación entre aforismo y filosofía, tomando como caso de estudio su uso por parte de Voltaire, a partir de extractos de sus obras, y en especial, de su correspondencia.

**PALABRAS CLAVE:** aforismo, filosofía, tolerancia, *Écrasez l'infâme!*, Voltaire, correspondencia.

### ABSTRACT

Voltaire is one of the most recognized philosophes of the French Enlightenment, famous for his social and political vocation in the fight against religious intolerance and fanaticism; he is considered one of the first philosophers who will exert an important influence on public opinion. In this article we will analyze the link between aphorism and philosophy, taking as a case study its use by Voltaire, based on extracts from his works, and especially, from his correspondence.

**KEYWORDS:** Aphorism, philosophy, tolerance, *Écrasez l'infâme!*, Voltaire, correspondence.

Artículo recibido:  
**Septiembre 2024**  
Artículo aceptado:  
**Noviembre 2024**

**Número 15 pp. 29-44**

DOI: <https://doi.org/10.31921/microtextualidades.n15a3>

**ISSN: 2530-8297**

@ 2024 Microtextualidades



Este material se publica bajo licencia  
Creative Commons:  
Reconocimiento-No Comercial  
Licencia Internacional  
CC-BY-NC

## 1. El aforismo como herramienta filosófica

La forma aforística produce dificultad: se debe esto a que hoy no se da suficiente importancia a tal forma. (Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Prólogo §8)

En virtud de su brevedad, el aforismo ha demostrado ser una herramienta eficaz para condensar ideas complejas en frases cortas y memorables. Desde los aforismos de Hipócrates: “La vida es breve; la ciencia extensa; la ocasión fugaz; la experiencia insegura; el juicio difícil”, “Cura a veces, trata con frecuencia y consuela siempre”, estos dichos breves han acompañado a la humanidad. Según la *Patrología griega* los proverbios serían:

vestigios de la filosofía antigua que perviven desperdigados entre las grandes ruinas de la humanidad; estos monumentos se preservan por su brevedad y elegancia. En consecuencia, un proverbio es esto: un dicho cuya dignidad procede de la misma Antigüedad en la que surgió la filosofía (*Patrología Graeca*, 66.1204b, citado en Hui 106).

En efecto, la historia de la filosofía parece inseparable del aforismo. Sentencias como “conócete a ti mismo” (γνῶθι σεαυτόν) o “atrévete a saber” (*sapere aude*) acompañan a la historia de la filosofía occidental desde sus inicios. La primera, asociada a la figura de Sócrates y al Oráculo de Delfos, fue reactualizada a finales del siglo XX por Michel Foucault en los términos de “inquietud de sí” o “cuidado de sí” (2005). La segunda, una recuperación de la *Epístola II* de Horacio, fue popularizada a finales del siglo XVIII por Immanuel Kant en su ensayo *Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?*, hasta llegar a convertirse en uno de los lemas ilustrados por antonomasia.

Tras realizar una breve revisión bibliográfica podemos concluir que no es tarea fácil acordar una definición precisa del aforismo<sup>1</sup>. Uno de los últimos estudios al respecto es *Teoría del aforismo* de Andrew Hui, de quien tomaremos aquí prestada aquí definición por dos motivos: en primer lugar, porque nos parece extremadamente funcional, y, en segundo lugar, por su brevedad, haciendo honor al propio objeto definido; un aforismo sería para Hui un “*dicho breve que requiere de interpretación*” (17). De esta manera el rasgo fundamental del aforismo, además de su condición de forma mínima literaria, sería su estricta necesidad de exégesis. Esta caracterización del aforismo es solidaria de la interpretación que hace Nietzsche en *La Genealogía de la Moral* de la forma aforística: “Un aforismo, si está bien acuñado y fundido, no queda ya «descifrado» por el hecho de leerlo; antes bien, entonces es cuando debe comenzar su *interpretación*, y para realizarla se necesita un arte de la misma” (2005, 30). De esta manera el aforismo requiere siempre por parte del receptor un trabajo de interpretación,

<sup>1</sup> Para una revisión bibliográfica sobre el aforismo véase: Bundgaard, Ana. “Fragmento, aforismo y escrito apócrifo: formas artísticas del pensamiento” en *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*. Ed. Juan Francisco García Casanova. Granada: Comares, 2002. 67-94; Grant, Be. *The Aphorism and Other Short Forms*. Londres: Routledge, 2016; Hui, Andrew. *Teoría del aforismo: De Confucio a Twitter*. Trad. Rodrigo Guijarro Lasheras. Teorema. Madrid: Cátedra, 2021; Maingueneau, Dominique. *Les phrases sans texte*. Paris: Armand Colin, 2012.

es decir, una activa tarea hermenéutica por nuestra parte. El propio Paul Valéry, gran escritor de aforismos, insistía en la misma dirección: “No me basta con comprender – necesito desesperadamente *traducir*” (1905-1906. Sin título, III, 728). Quizá todos sus *Malos pensamientos*, todas sus anotaciones en *Cuadernos* no sean sino una respuesta a la necesidad de comprender que nos atraviesa, y por tanto, a la necesidad de *traducir*.

## 2. La cruzada contra “*l’infâme*”

La vida de un literato es un combate perpetuo y morimos con las armas en la mano (Voltaire, 2013: 29)

La autoría de los aforismos es un tema complicado, en primer lugar, porque su repetición hasta el aburrimiento difumina su originalidad hasta convertirse en patrimonio de la humanidad; por otro, como ya señalase Erasmo en sus *Adagios*, aunque la diferencia entre los proverbios, las máximas y los aforismos no es estricta, “un proverbio es un dicho que se emplea popularmente y que destaca por presentar algún giro ingenioso y novedoso” (Hui 111). Voltaire, cabeza visible del *parti philosophique* y famoso por su ingenio—de él dijo Nietzsche en el *Ecce Homo* “Voltaire es ante todo un gran señor de la inteligencia”— ha sido considerado de manera incorrecta como autor de numerosos aforismos largamente repetidos que han querido llevar al extremo los ideales de justicia y defensa de la libertad de pensamiento y de expresión del personaje ilustrado, uno de los más sonados: “No comparto lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo”<sup>2</sup>. Otros, como “Una palabra mal colocada estropea el más bello pensamiento” pretenden señalar el afán de precisión literaria de Voltaire. Estos aforismos, aunque falsamente atribuidos al filósofo francés, concuerdan con la imagen idealizada que le sobrevivió y que, sin duda, hemos heredado. Es cierto que Voltaire siempre hizo gala en su escritura de un estilo claro y conciso, en una carta del 3 de noviembre de 1766 a Étienne-Noël Damilaville afirma: “La primera ley del estilo es adecuar el estilo al asunto. No hay mayor impertinencia que tratar menudencias con palabras grandilocuentes” (Voltaire 2013, 50). Esta voluntad de claridad se plasma en su gusto por el aforismo, especialmente presente en su correspondencia, donde comparte sus ideas con interlocutores afines, por ejemplo, el marqués de Argence de Dirac, a quien se dirige el 20 de enero de 1761 en los siguientes términos: “La ignorancia y la infame superstición cubren la tierra. Algunas personas se libran de esa plaga. Las demás son animales de carga” (Voltaire, 2013: 18). Su estilo aforístico fue una de las herramientas más eficaces para llegar al gran público, a quien se dirige directamente, tanto en sus obras de teatro, como en sus ensayos.

Uno de los más famosos aforismos de Voltaire destinados a apelar al gran público es sin duda *Écrasez l’infâme!*, que literalmente quiere decir “Aplastad al infame”. La infamia que denuncia Voltaire es el fanatismo religioso, eminentemente cristiano, una crítica que lo acompañará a lo largo de toda su obra, a pesar de que es cierto que esta se radicalizará en la década de 1760 (Voltaire, 2015, 2022). Sería bueno recordar aquí la condición de historiador real adquirida por Voltaire en 1746 tras ganarse el favor del rey Luis XV, a quien le dedicó *El Siglo de Luis XIV*, redactado

<sup>2</sup> Esta cita, comúnmente atribuida a Voltaire, fue en realidad puesta en boca del autor por la escritora británica Evelyn Beatrice Hall en su libro *The Friends of Voltaire* escrito en 1906 bajo el seudónimo de Tallentyre.

entre 1739 y 1751. En esta obra el evento histórico de la revocación del Edicto de Nantes<sup>3</sup>, aprobada en 1685 por Luis XIV y firmada por el canciller Le Tellier, representa para Voltaire “una de las mayores desgracias de Francia” (Voltaire, 1878: 28). En la actualidad autores como el filósofo Jacques Bouveresse (2016) confirman que la revocación del Edicto supuso el principio de la decadencia de la monarquía de Luis XIV. A partir de entonces, según afirma Voltaire, “el rey pierde el control de la opinión pública y la vida intelectual. La protesta se amplía y se generaliza en el ámbito político” (Voltaire 1878, 28), coincidiendo con la aparición del tercer estado, apoyado por numerosos literatos y figuras públicas. Entre los efectos más destacables de la derogación de 1685, no solo para la convivencia y la realidad social francesa, sino también para su producto interior bruto, hay que señalar la diáspora de los hugonotes, que siguió a la derogación del Edicto, y dio lugar al exilio forzoso de miles de franceses que constituían las bases productivas de la industria del país. Según el relato de Voltaire:

Casi cincuenta mil familias, en tres años, abandonaron el reino y luego fueron seguidas por otras. Llevaron las artes, las manufacturas y la riqueza a los extranjeros. Casi todo el norte de Alemania, un país todavía rústico y desprovisto de industria, resultó transfigurado gracias a estas multitudes trasplantadas. [Los hugonotes exiliados] Poblaron ciudades enteras. Las telas, trenzas, sombreros, medias, que antes se compraban a Francia, fueron confeccionadas por ellos. Todo un suburbio de Londres estaba poblado por trabajadores de la seda franceses; otros llevaron allí el arte de perfeccionar los cristales, que se perdió en Francia. Todavía es muy común encontrar oro en Alemania que los refugiados repartieron allí. Francia perdió así unos quinientos mil habitantes (Voltaire, 1878: 28-9).

Puede ser que los números de Voltaire sean exagerados, pero la realidad que subyace no es menos cierta, los términos “diáspora” y la comparación que efectúa solo un poco más adelante, según la cual, “los franceses estaban más dispersos que los judíos” (Voltaire, 1878 : 29) pone el foco en los peligros de la intolerancia religiosa y en la necesidad del reconocimiento jurídico de los derechos civiles para las minorías sociales, cuestión a la que volverá explícitamente en su *Tratado sobre la Tolerancia con motivo de la muerte de Jean Calas* de 1763, congregando a la opinión pública en torno al ya mediático caso Calas (1761). Gracias, en parte, a la envergadura y extensión que llegó a adquirir el debate en torno al caso propiciado por la publicación del *Tratado* de Voltaire, en 1765 el Parlamento de París, bajo la atenta mirada del resto de capitales de Europa, rectificó dictando una sentencia favorable a la familia Calas, y rehabilitando así la memoria del cabeza de familia, además de compensar económicamente a la viuda con 36.000 libras, indemnización otorgada por Luis XV.

A pesar de esta rectificación puntual, debida a la gran movilización de la opinión pública, las instituciones en Francia estaban lejos de ser un ejemplo de tolerancia; la

---

<sup>3</sup> La Revocación del Edicto de Nantes, como se conoce más popularmente el Edicto de Fontainebleau, ponía fin a la libertad de conciencia que había sido afirmada por Enrique IV en 1598 y que autorizaba a una libertad de culto limitada a los protestantes calvinistas. Voltaire reconoce el Edicto de Nantes, promulgado por Enrique IV, como uno de los primeros actos oficiales en hacer de la tolerancia el principio de convivencia pacífica en un espacio cohabitado por distintas confesiones dentro del cristianismo. Jurídicamente, mediante el edicto se devolvía a los protestantes todos sus derechos civiles y se les permitía desempeñar todos los cargos, asimismo se les reconocía el derecho de dirigirse formalmente al rey.

Sorbona, la facultad de teología de París o la asamblea del clero ostentaban toda la fuerza de la Iglesia y el Estado que expresaban a través de una censura represiva, haciendo pasar por la cárcel a autores como Voltaire o Diderot (Delort, 2016). Este último fue encarcelado en Vincennes en 1749 por firmar su *Lettres sur les aveugles*, lo que no le impedirá seguir trabajando en la misma dirección, compaginando su trabajo como autor y editor de la *Encyclopédie* con otros trabajos como la *Lettre sur les sourds et muets* (1751) o sus *Pensées sur l'interprétation de la nature* (1753). Sin embargo, el clima de tensión debido, en buena medida, al endurecimiento y la desproporcionalidad de las penas frente a lo que se consideraba como diferentes crímenes por insubordinación o irreligiosidad, como los casos Damiens de 1757 (Foucault 2009, 6-30) o La Barre de 1766 (Mikaëloff 2017), obligó a que los escritos que pudiesen considerarse polémicos se refugiasen, especialmente en Francia, en la clandestinidad. Voltaire, en su correspondencia privada se escandaliza al respecto: “¿Hay algo más tiránico que quitar la libertad de prensa? ¿Y cómo puede un pueblo considerarse libre cuando no se le permite pensar por escrito?” (Carta del 16 de octubre de 1765 a Étienne-Noël Damilaville, Voltaire 2013, 49).

En vida de Voltaire la censura en el país galo no se relajó, y la publicación anónima, o bajo seudónimo, de obras que contuviesen ideas susceptibles de considerarse irreligiosas alcanzó su apogeo en la segunda mitad del siglo XVIII<sup>4</sup>, mientras en las calles hugonotes y jansenistas eran perseguidos. Por este motivo, la afirmación de Julian Swann según la cual la fecha de 1763 y el *Tratado sobre la tolerancia* de Voltaire marcan “el fin de la historia de la persecución oficial de los protestantes franceses” (Blanning, 2002: 34) parece extremadamente ingenua, ya que el mismo año en que se dicta la sentencia favorable a la familia Calas (1765), restituyendo la figura del padre, se condena al caballero de La Barre en Abbeville por no haberse quitado el sombrero al paso de una procesión. La desproporcionada condena, a la altura de la de Damiens cuyo suplicio es relatado por Foucault en *Vigilar y Castigar* (2009), se hará efectiva en 1766 cuando el acusado es “decapitado tras aplastarle los huesos, cortarle la mano derecha y arrancarle la lengua, para luego quemar sus restos y esparcir sus cenizas” (Voltaire, 2015: 14). Como señala Roberto Rodríguez Aramayo:

Todo ello por la suspicacia de unos vecinos fanáticos, quienes le imputaron haber desfigurado un crucifijo que seguramente dañó algún carruaje por una acumulación de pequeños indicios como el recién apuntado, entonar canciones irreverentes o tener entre sus libros el Diccionario filosófico de Voltaire, obra que por cierto fue quemada junto a los restos del joven caballero. El propio La Barre dijo antes de morir: “No creía que pudiera matarse a un gentilhombre por tan poca cosa” (Voltaire, 2014: 14)

Voltaire escribe entonces al jurista italiano Cesare Beccaria, uno de los responsables de la reforma del antiguo derecho penal europeo caracterizado hasta entonces por su extrema crueldad y arbitrariedad, al que insta a que se pronuncie al respecto<sup>5</sup>:

<sup>4</sup> “Si el hecho de ser calvinista puede llevar a la muerte, uno puede imaginar sin mucho esfuerzo las motivaciones que tiene un filósofo ateo para guardar el anonimato” P. Charbonnat, *Historia de las filosofías materialistas*, Biblioteca Buridán, 2007, 254. Para un análisis de los antecedentes de estas prácticas ver: A. McKenna, “Les manuscrits philosophiques clandestins de l'Age classique: bilan et perspectives des recherches”, *XVIIe Siècle*. N° 192, 1996, 523-35.

<sup>5</sup> En su respuesta Beccaria afirmó que si los hechos se hubiesen producido en Italia, en España o

33 ~ *Microtextualidades. Revista Internacional de microrrelato y minificción*. N. 15 pp. 29-44 ISSN: 2530-8297

Decidme quién es más culpable, si un chiquillo que canturrea dos canciones consideradas impías en su secta e inocentes en el resto de la tierra, o un juez que alborota a sus cofrades para hacer perecer a ese joven indiscreto mediante una espantosa muerte. (Aramayo, 2022: 142)

La correspondencia entre Voltaire y Beccaria a propósito de la tortura y la justicia penal en Francia debe servir como marco de lectura e interpretación del *Traité sur la tolérance* en el que Voltaire compara el caso de Francia con el de otros países europeos, pues, a pesar de que en Gran Bretaña y la República de Holanda los católicos eran discriminados por la ley, no había allí ajusticiamientos públicos, lo que permite a Voltaire afirmar que:

El furor que inspiran el espíritu dogmático y el abuso de la religión cristiana mal entendida ha derramado tanta sangre, ha producido tantos desastres en Alemania, en Inglaterra, e incluso en Holanda, como en Francia: *sin embargo, hoy en día, la diferencia de religión no causa ningún disturbio en aquellos Estados*; el judío, el católico, el griego, el luterano, el calvinista, el anabaptista, el sociniano, el menonita, el moravo, y tantos otros, *viven fraternalmente en aquellos países y contribuyen por igual al bienestar de la sociedad*. (cursivas mías, Voltaire, 2015: 62).

Finalmente, no será hasta el 29 de enero de 1788, fecha en la que fue registrado en el Parlamento francés el Edicto de Versalles, más conocido como Edicto de Tolerancia<sup>6</sup>, cuando Francia devuelva efectivamente, en tiempos de Luis XVI, los derechos de ciudadanía a los calvinistas, que les habían sido negados un siglo antes ilegalizando cualquier práctica religiosa distinta de la religión católica mediante el Edicto de Fontainebleau (1685) en tiempos de Luis XIV. Voltaire, fallecido en 1778, no llegaría a presenciar esta gran victoria legal por la que sin duda luchó: “Ruboricémonos de vergüenza por aquellos que carecen de ella y deshonran a la nación. *Sin los filósofos, nadie habría vengado la sangre de Calas*” (cursivas mías. Carta del 24 de abril de 1765 a Étienne-Noël Damilaville, Voltaire, 2013: 48)

### 3. Los aforismos en la correspondencia de Voltaire

Es una herejía execrable querer atraerse por la fuerza, por los golpes, por los encarcelamientos a aquellos a los que no se ha podido convencer por la razón (San Anatasio, lib. 1º, Voltaire, 2015: 125)

---

en Portugal, ni siquiera la inquisición lo habría condenado a muerte, tan solo se le hubiese condenado por unos años (Aramayo, 2022: 142).

<sup>6</sup> El Edicto de Tolerancia o Edicto de Versalles, mediante el cual se otorgaba derechos civiles a los no-católicos sin necesidad de convertirse, fue aprobado por el Parlamento francés y firmado por Luis XVI gracias a las convincentes intervenciones y argumentaciones de Guillaume Chrétien de Malesherbes, presidente de la Academia de Ciencias de Francia desde 1781, quien, gracias a su experiencia política y negociadora consigue, en colaboración con el portavoz de la comunidad protestante Jean Paul Rabaut Saint Étienne, redactar un edicto que reintegre a los protestantes en la nación francesa, atrayendo además a la discusión sobre la tolerancia religiosa a personajes del otro lado del Atlántico, como Benjamin Franklin. Ver G. Bonet-Maury, “The Edict of Tolerance of Louis XVI. (1787) and Its American Promoters”, *The American Journal of Theology* 3, no. 3 (1899), pp. 554-65.

Hemos visto como la lucha contra “*l’infâme*”, entendida como el conjunto de supersticiones y fanatismos, fue una de las principales responsabilidades, social y política, que asumió Voltaire como *philosophe* a lo largo de toda su obra, aunque, como apuntábamos más arriba esta crítica se radicalizaría en los años 1760. En este mismo sentido, es posible rastrear el uso del aforismo “*Écrasez l’infâme!*” en la producción literaria de Voltaire, con el que llegó a identificarse a sí mismo hasta el punto de firmar algunas de sus cartas con la rúbrica “*Écr. l’inf.*” La primera aparición del término tiene lugar en la correspondencia privada de Voltaire, con ocasión de una carta a Madame d’Epinay fechada el 1 de junio de 1759, en la que afirma: *Il faut extirper l’infâme, du moins chez les honnêtes gens* (“Hay que extirpar a los infames, al menos entre la gente honesta”). El término “*infâme*” ya circulaba de manera efectiva, principalmente a través de la correspondencia, entre el reducido grupo social de *les philosophes*, pero será en la década de 1760 gracias a la “frenética actividad [emprendida] por parte de Voltaire en favor de la idea de tolerancia y su implementación” (Renwick 188) cuando la expresión, y con ella, el concepto, comenzará a circular entre el público culto y favorable a los ilustrados. En este sentido su *Tratado sobre la tolerancia* de 1763, donde sostiene que la “intolerancia cristiana” es la razón de los principales males que sufren los hombres, siendo la tolerancia es mejor y único remedio para ellos, la “panacea de la humanidad” como afirma Voltaire en el artículo “Tolerancia” del *Diccionario filosófico de bolsillo* publicado en 1764.

Cuanto más divina es la religión cristiana, menos le corresponde al hombre imponerla; si Dios la ha hecho, Dios la sostendrá sin vosotros. Sabéis que la intolerancia sólo produce hipócritas o rebeldes: ¡Qué funesta alternativa! Finalmente, ¿querriais sostener por medio de verdugos la religión de un Dios, al que unos verdugos hicieron perecer y que sólo predicó dulzura y paciencia? (Voltaire 2015, 99-100)

### 3.1. *La correspondencia entre philosophes*

Nunca se convenció a nadie disputando. Se puede traer de vuelta a los hombres haciendo que piensen por sí mismos. (Carta del 14 de marzo de 1764 al marqués de Argence de Dirac, Voltaire 2013, 18)

En su *Essai sur les éléments de philosophie* publicado en 1759 Jean-Le Rond d’Alembert se refiere con insistencia al siglo XVIII como “*le siècle de la philosophie*”; Voltaire, por su parte, en sus *Mémoires pour servir à la vie de Monsieur de Voltaire écrits par lui même*, que contienen en realidad sus cartas a Federico II, habla de su propio tiempo como “el único siglo ilustrado que haya tenido Francia” (Craveri 2005, 201). Seis años más tarde, tras la escritura de multitud de textos en favor de la tolerancia y realizando campañas de opinión y activismo en contra de la persecución religiosa Voltaire se permite aseverar en una carta al marqués de Argence de Dirac el 19 de abril de 1765 (Voltaire 2013, 19): “Este siglo será la tumba del fanatismo”. Desgraciadamente, apenas un año después el joven caballero de la Barre sería ejecutado un primero de julio de 1766, condenado a muerte por blasfemia. Este delito de blasfemia, anteriormente conocido como “pecado de boca” sería abolido en Francia por la Nacional Asamblea Constituyente en 1791, como uno de los logros de la revolución francesa, junto a la Constitución de 1791, la abolición del feudalismo, la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, o la Constitución Civil del Clero; todas estas

medidas fueron preparadas por la élite literaria representada por el *parti philosophique*, con Voltaire a la cabeza, desde mediados del siglo XVIII.

Con sus discursos, dirigidos a influir en la opinión pública, *les philosophes* se erigirán primero en críticos del buen gusto, después en representantes de las nuevas fuerzas y los nuevos grupos sociales, los cuales encontrarían su referente en el concepto de “sociedad civil”<sup>7</sup>. Voltaire en su *Lettres philosophiques*, publicadas en Londres en 1734, se conecta con una serie de hombres ilustres como Bacon, Newton y Locke, a los que califica de *philosophes*. Más adelante, en una carta a D’Alembert del 5 de abril de 1766 vuelve a conectarse de nuevo a Locke y a Newton, colocándose a sí mismo a la altura de aquellos, a los que se refiere como: “*les vrais philosophes*” (Voltaire a D’Alembert, 5 de abril de 1766, citado en Israel, 2015 : 18). Sin embargo, a juicio del propio Voltaire *les philosophes* es un conjunto que alberga dentro de sí, también, a personajes femeninos, entre ellos, su compañera Madame de Châtelet, traductora de Newton y Mandeville, colaboradora en la redacción de *Éléments de la Philosophie de Newton* –firmado en solitario por Voltaire–, y autora de *Instituciones de Física* (1740). El grupo “*les philosophes*” incluiría igualmente a Madame de Pompadour, según afirma Voltaire en una carta dirigida a d’Alembert, poco después de la muerte de la aristócrata, en la que asegura que su muerte es una gran pérdida para el grupo, pues en el fondo “ella era de los nuestros” (“*car dans le fond de son coeur elle était des nôtres*”, citado en Lough 1982, 2). De la misma forma, en otra misiva a Madame Du Deffand<sup>8</sup> y a Jean-François Marmontel<sup>9</sup> Voltaire asegura “*Elle était philosophe*” (“Ella era filósofo”).

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el posicionamiento de los *philosophes* se materializó como una vocación social y política, con ocasión de acontecimientos como el Terremoto de Lisboa (1755), la Guerra de los Siete Años (1756-1763), o los múltiples casos de intolerancia religiosa. Si tomamos como ejemplo

<sup>7</sup> Para un estudio sobre la formación de la sociedad civil identificada con la nueva clase burguesa: Ver R. Koselleck, *Crítica y Crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Trotta: 2007. De forma significativa, en 1730, Du Marsais se refiere a la sociedad civil como la única divinidad que el filósofo reconoce sobre la tierra: “La sociedad civil es la única divinidad, por así decirlo, que [el filósofo] reconoce sobre la tierra: la venera, la honra con probidad, con atención exacta de sus deberes y con el deseo sincero de no ser en ella una carga o una molestia” *Le philosophe* 20. Recogido en *Nouvelles libertés de penser*, trad. Genoveva Arcaute, Amsterdam : 1743; accesible en <http://www.saltana.org/1/arg/641.htm#.YTDQhy0IPq0>.

<sup>8</sup> Marie de Vichy-Chamrond, marquesa du Deffand (1697-1780). Toda su producción literaria tiene formato epistolar y de notas privadas, no destinadas a la publicación; en especial, su *Correspondance complète de la marquise du Deffand avec ses amis le président Hénault, Montesquieu, d’Alembert, Voltaire, Horace Walpole: classée dans l’ordre chronologique et sans suppressions, augmentée des lettres inédites au chevalier de L’Isle, précédée d’une histoire de sa vie, de son salon, de ses amis, suivie de ses oeuvres diverses, et éclairé de nombreuses notes*. Genève : Slatkine, 1989. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k8202q>

<sup>9</sup> Jean-François Marmontel (1723-1799), escritor y dramaturgo, fue director del periódico *Mercure de France* y colaborador de l’ *Encyclopédie* sobre poética y literatura. Entre sus novelas de éxito destacan *Bélisaire* (1767) y *Les Incas ou la destruction de l’Empire du Perou* (1777) sumándose a la línea crítica de la conquista española que a veces se asocia, erróneamente, con la leyenda negra española. Sus últimas memorias tituladas *Memoires d’un père pour servir à l’instruction de ses enfants* son uno de esos textos desconocidos que, en mi opinión personal responden mejor al afán de reforma moral y de las costumbres al que aspiraban *les philosophes* del largo siglo XVIII.

la figura de Voltaire, podemos reparar en su *Cándido* (1759) como un punto de inflexión en su carrera:

*Cándido* es considerado, a menudo, como un importante punto de inflexión en el pensamiento y la carrera de Voltaire, en el que rompe con el concepto de la Ilustración temprana de un universo benigno y ordenado tan elocuentemente argumentando en el *Ensayo sobre el hombre* de Alexander Pope. El terremoto de Lisboa de 1755 que provocó la muerte de 100.000 personas inocentes sugirió que el universo no era ni ordenado ni benigno. La Guerra de los Siete Años, el conflicto más violento y desastroso del antiguo régimen, pareció revelar los elementos oscuros y brutales de la naturaleza humana casi intactos por la mano suave y civilizadora de la Ilustración. Sin embargo, Voltaire apenas había sido consciente de los males desatados sobre la humanidad por la guerra. Sería mejor decir que la Guerra de los Siete Años sólo intensificó su repulsión. Así, cuando el compañero de Cándido, Martín, observa que Gran Bretaña y Francia “están peleando por unos pocos acres de nieve en las fronteras de Canadá, y que gastan más dinero en esta gloriosa guerra de lo que vale todo Canadá”, se hace eco de la sombría carta de Voltaire a Federico II sobre la *Historia de la Guerra de 1741*: “He intentado considerar esa locura humana como un filósofo (...) naciones que destruyen el comercio por el cual luchan entre sí (...) todos gritando paz, paz, y haciendo la guerra a lo grande; finalmente, todos los flagelos que acechan a la raza humana” (Danley y Speelman, 2012 : 23-4).

A partir de aquel momento la posición de Voltaire será aún más explícita políticamente, y tomará partido en debates públicos que ocuparán a la sociedad parisina. En primer lugar, Voltaire interviene a propósito de la censura de la *Enciclopedia* en 1759 por iniciativa de Joly de Fleury. Desde su exilio en Ginebra Voltaire se lamenta del ambiente represivo que reina en la capital francesa, coincidiendo con “el único siglo ilustrado que haya tenido Francia” (Craveri 2005, 201):

Se admitirá sin esfuerzo que en tales circunstancias París no debería ser la residencia de un filósofo, y que Aristóteles fue muy sabio retirándose a Calcis cuando el fanatismo dominaba en Atenas. Por lo demás, la situación de un hombre de letras en París está inmediatamente por encima de la de un saltimbanqui (Craveri 2005, 201)

Finalmente, refiriéndose a de Fleury, Voltaire afirma que “basta un tonto para deshonar a una nación” (Craveri 2005, 201).

Un año más tarde, en 1760, a propósito del estreno de la comedia antifilosófica de Palissot titulada explícitamente *les philosophes* en el *Théâtre français* de París, Voltaire escribe a d’Alembert:

Dicen [...] que no está mal escrita, sobre todo el primer acto, que en lo demás no tiene nada de armazón ni de fantasía. *No nos atacan personalmente a usted ni a mí*, los únicos maltratados son Helvétius, Diderot, Rousseau, Duclos, la señora Geoffrin y la señorita Clairon, que se han rebelado contra esa infamia [...]. La finalidad de la pieza es representar a los filósofos no como personas ridículas, sino como forajidos sin principios ni costumbres; y es el señor Palissot, proxeneta de su mujer, y en bancarrota, quien les da esa lección (D’Alembert a Voltaire, 6 de mayo de 1760, Craveri 2005, 202).

Voltaire, tras oír los comentarios de la obra de Palissot, no tarda en criticarla y

en retirar del mismo teatro sus propias representaciones. Este gesto es considerado por d'Alembert como una toma de partido en favor de la Filosofía, y, en una carta del 31 de mayo de ese mismo año se dirige a Voltaire en estos términos:

Mi querido e ilustre filósofo, recibo en este momento su carta del 26 de mayo, y me apresuro a agradecerle en nombre de la Filosofía el partido que acaba de tomar. Todos los hombres de letras le consideran su digno jefe, y bien lo ha probado en esta ocasión (Craveri 2005, 203).

En esta misiva d'Alembert subraya la independencia de los hombres de letras como grupo con capacidad para influir en el debate público, una “institución informal” autónoma dotada de sus propias redes, forjadas en buena medida por la correspondencia. Como señala Benedetta Craveri en una de sus obras fundamentales:

Los intelectuales que ahora se reconocían bajo la etiqueta de *philosophes* constituían un poder autónomo muy diferente al encarnado por la vieja *République des Lettres*; y a diferencia de Fontenelle, entendían que la verdad no debía permanecer en un círculo de pocos iniciados y buscaban un lugar desde donde transmitirla. Un lugar que no dependiese de la autoridad regia, como era el caso de las academias, y fuese ajeno a las especializaciones, que tuviese sus raíces en el seno de la sociedad civil, que encauzase los ánimos y permitiese hablar directamente a la opinión pública (Craveri 2004, 364)

Voltaire, como cabeza visible del grupo, participó inicialmente en el proyecto editorial más ambicioso de los *philosophes*: *l'Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, elaborada entre 1750 y 1772 con el apoyo de unos 160 suscriptores privados a fin de procurarse la independencia respecto del estado y las academias (únicos centros de producción de conocimiento acreditados). Sin embargo, la extensión mastodónica que fue cobrando *l'Encyclopedie*, a la que Voltaire envió cuarenta y cinco artículos, así como su elevado coste para los consumidores finales, lo animó a publicar en 1764 un *Dictionnaire philosophique portatif* (“Diccionario filosófico portátil”), demostrando así su preferencia por la claridad de las formas breves, sobre los tratados filosóficos. Consciente de la sobreabundancia de información, el 9 de enero de 1763 en una carta a Éllie Bertrand, pastor protestante de Berna, Voltaire afirmaba: “*La vida es demasiado corta para leernos de un tirón volúmenes tan gruesos ¡Mal hayan las grandes disertaciones! Creo que, en adelante, habría que incluirlo todo en diccionarios*”. (cursivas mías, Voltaire 2013, 35). El espíritu de Voltaire resuena en la sentencia de Paul Valéry: “Una filosofía debe ser portátil” (Valéry 44), y por lo tanto accesible. Por esa misma razón el *Dictionnaire philosophique* sería, a juicio de Voltaire, una herramienta más útil para la filosofía en su causa contra la superstición y el fanatismo que *l'Encyclopedie*. En este mismo sentido se dirige a d'Alembert en una carta de 1766 afirmando:

Jamás veinte volúmenes *in folio* causarán una revolución; son los pequeños libros de bolsillo a bajo coste los que son de temer. Si el evangelio hubiese costado mil doscientos sestercios, nunca se hubiera establecido la religión cristiana (Aramayo, 2022: 67).

### 3.2. *La correspondencia con Madame du Deffand*

La vejez vuelve la amistad muy necesaria. Nos consuela de nuestras miserias y sirve de báculo a nuestras debilidades en grado aún mayor que la filosofía (...) La felicidad reside en lo placentero de la sociedad y en los deberes de la vida. (Carta del 20 de noviembre de 1765, Voltaire a Madame du Deffand, Voltaire 2013, 55).

Como hemos señalado más arriba, el conjunto de *les philosophes* no se reduce, a juicio de Voltaire, a un grupo de hombres, en él se encontrarían también algunas *femmes savantes* como Madame de Châtelet o Madame de Pompadour. En el caso de Madame du Deffand, está claro que la *salonnière* no quiso nunca para sí el título de *philosophe*, pues la descripción que de ella ofrece Madame de Lespinasse es acertada en este sentido:

Le ha tomado, a lo que llaman la filosofía moderna, una aversión que depende de varias causas. Algunos de los promotores de esa filosofía manifestaron en sus obras una singularidad que le choca, con cierta razón. Predican, quizás con demasiada ostentación, la virtud que ella no conoció nunca y el desprecio a los grandes, a quienes ella adora, aunque convencida de que no le importan. Algunos de ellos, que la tratan, la contrariaron además al no querer someterse enteramente a sus voluntades y opiniones. (...) Tal es la señora du Deffand; su ingenio inspira deseos de conocerla, hace que la busquen, y sólo su ingenio debe la suerte de consideración de que disfruta. (Craveri 2005, 174-5)

Mientras que d'Alembert será uno de esos nuevos filósofos a los que no pudo someter, Voltaire es uno de los pocos amigos, junto con Formont y también Hénault, que la buscó siempre, por su ingenio e ironía. Testimonio de su longeva amistad son las cartas que intercambiaron entre 1759 y 1778<sup>10</sup>. Importante *femme de lettres* de la época, *salonnière* desde 1749, más allá del gusto por su compañía intelectual, Madame du Deffand cumplía para Voltaire un claro objetivo estratégico, como señala Benedetta Craveri:

Estar en relación con la marquesa significa mantener privilegiados contactos con la vieja aristocracia francesa, a la cual Voltaire sigue siendo sumamente sensible; es ante todo a los Luxembourg, los Beauvau, los Mirepoix, los d'Aguillon a quienes sus cartas serán leídas en voz alta, discutidas, comentadas. (2005, 178)

No obstante, aunque pudiera parecer que la relación que une a Voltaire con Madame du Deffand es utilitarista, como hemos señalado más arriba su amistad viene de lejos, de “cuando ambos centraban su ambición en sobresalir y ninguno de los dos podía pensar aún en servirse del otro” (Craveri 2005, 179), así en una carta del 13 de julio de 1768 Voltaire escribe a madame du Deffand: “Estoy ligado a usted desde hace más de cuarenta años” (Craveri 2005, 384), es decir, al menos desde 1725 según la correspondencia de Voltaire; desde entonces ambos mostraron un genuino interés por el ingenio del otro.

En virtud de la amistad que los une, la primera vez que Voltaire recurrirá a

<sup>10</sup> *Cher Voltaire. La correspondance de Madame du Deffand avec Voltaire*, Ed. Isabelle et Jean-Louis Vissière. Paris: Des femmes, 2007 [1987].

Madame du Deffand como mediadora será en 1734, tras el escándalo posterior a la publicación de sus *Lettres philosophiques* (también conocidas como *Cartas inglesas*) —publicadas primero en inglés en 1733 y un año después en francés—. Voltaire escribirá a Madame du Deffand para que interceda por él ante las duquesas de Maine y de Villars tras las reacciones provocadas en Francia al conocerse sus opiniones favorables a Newton sobre Descartes. A partir de la década de 1730 la posición y el reconocimiento adquirido por Madame du Deffand tanto en París como en la corte harían de ella una intermediaria privilegiada. Durante su etapa de *salonnière*, a partir de 1749, Madame du Deffand servirá a Voltaire de mediadora con las grandes familias de la capital. Más adelante, durante la controvertida década de 1760 en la que Voltaire abanderará la causa contra “la infamia” sus intervenciones se volverán más combativas y la mediación de Madame du Deffand con el duque de Choiseul, ministro de Luis XV, máspreciada que nunca para Voltaire, quien dirigiéndose a su amiga confiesa:

Lo que tengo en común con los filósofos modernos es esa aversión por el fatalismo intolerante, una aversión muy sensata y que resulta útil inspirarle al género humano en pro de la seguridad de los príncipes, del sosiego de los Estados y de la felicidad de los particulares (Voltaire a Madame du Deffand, del 20 de enero de 1766, Voltaire 2013, 56)

Años antes, con ocasión de la controversia provocada por la comedia antifilosófica de Palissot, *Les Philosophes*, que según acusaciones de d’Alembert habría sido patrocinada, entre otras personas, por la mismísima Madame du Deffand<sup>11</sup>, Voltaire toma posición y advierte a su amiga y corresponsal:

Tenga en cuenta que soy de un partido, y de un partido perseguido, el cual, por perseguido que esté, ha obtenido la final la mayor ventaja que cabe tener sobre los enemigos, la de hacerlos a un tiempo ridículos y odiosos (Carta del 12 de septiembre de 1760, Voltaire a Madame du Deffand, Craveri 2005, 215)

Meses más tarde Madame du Deffand responde dando su opinión sobre los nuevos *philosophes*, de los que Voltaire será considerado la cabeza visible:

Veo, señor, que está perfectamente al tanto de lo que hago; quisiera que lo estuviera también de cuanto pienso; no encontraría nada que criticar, y convendría en que no son injustos los juicios que doy, ni irracional mi conducta. Me he comportado con gran imparcialidad en la guerra de los filósofos; no podría adorar su enciclopedia, que quizás sea adorable, aunque algunos artículos que leí me aburrieron mortalmente. No podría admitir como legisladores a una gente que sólo tiene ingenio, poco talento y nada de gusto que, aunque muy buenas personas, escriben las cosas más malsonantes sobre la moral; cuyos razonamientos son todo sofismas y paradojas (Carta del 1 de noviembre de 1760, Madame du Deffand a Voltaire, Craveri 2005, 217).

A pesar de las críticas de Du Deffand al *parti philosophique* su correspondencia y la amistad que los une continuará hasta la muerte de Voltaire en 1778, aunque en una carta del 12 de enero de 1759, desde su exilio en *Les Délices*, Suiza, donde se establece en

<sup>11</sup> “Los protectores-hembras (declarados) de esta pieza son las señoras de Villeroy, de Robecq y du Deffand, su amiga, y antes también la mía. Así, la comedia tiene sus putas en funciones y sus ramerías honorarias” D’Alembert a Voltaire en una carta del 6 de mayo de 1760, citado en Craveri, 2004: 164.w

1754, Voltaire se queje a su amiga de la imposibilidad de pensar libremente por correo, lamentándose de la censura operada por el *Cabinet noir*, la oficina secreta creada por Luis XIV, que se consolidaría con su sucesor Luis XV, destinada a controlar la correspondencia considerada sospechosa por parte del gobierno, violando así el secreto epistolar:

¿Qué decirle desde el fondo de mi retiro? Usted no me mandaría ninguna noticia sobre la rueda de la fortuna en la cual giran nuestros ministros de arriba abajo, ni de las necesidades públicas y privadas. Las cartas, que eran antaño pintura del corazón, consuelo de la ausencia y lenguaje de la verdad, no son hoy sino tristes y vanos testimonios del miedo a decir demasiado y de la constricción del espíritu. Se tiembla por el temor de dejar escapar una palabra que pueda ser mal interpretada; *ya no cabe pensar por correo*. (Craveri, 2005, 186)

Como lo atestigua su extensa correspondencia, Madame du Deffand será una de las corresponsales de preferencia de Voltaire, en un siglo, como el XVIII en el que la correspondencia se había consolidado como una de las formas de intercambio intelectual; entonces, las cartas servían no sólo para intercambiar información, sino también para debatir y consolidar redes sociales. En este sentido, como señala Benedetta Craveri, la presencia constante y el gran influjo de Voltaire sobre el debate cultural de la escena parisiense desde su exilio a orillas del lago Ginebra “están también alimentados por su inagotable actividad epistolar” (Craveri 2005, 178).

Pero, como acabamos de señalar, la correspondencia no es sólo vehículo de ideas, sirve también para tejer redes de amistad, que, en el caso de Voltaire y Madame du Deffand se traducen en sólidos apoyos, por parte de personalidades como la duquesa de Choiseul, para la venta en París de manufacturas producidas en Ferney —es curioso señalar que la ciudad tomó el nombre de Ferney-Voltaire en 1878 en homenaje al *philosophe* con motivo de la enorme cantidad de mejoras que introdujo mientras residió allí a partir de 1755—como medias de seda y relojes, de las cuales Voltaire obtenía el capital necesario para sostener su pequeña comunidad de perseguidos erigida en las cercanías de su residencia en la frontera francesa con Suiza.

En última instancia, de la lectura de su correspondencia, resulta claro que el vínculo que unió a Voltaire y Madame du Deffand fue el de una amistad genuina, y así parece confirmarlo Voltaire en una carta a su corresponsal y amiga, fechada el 18 de mayo de 1772, en la vejez de ambos:

Lo que siempre me gustó de usted, señora, entre otros varios géneros de méritos, es que no es una charlatana. Tiene buena fe en sus gustos y en sus disgustos, en sus opiniones y en sus dudas. Ama usted la verdad, aunque solo la aprehende quien puede. Yo la busqué sin poder encontrarla. Sólo percibí algunos resplandores que hay quien toma por ella. (Craveri 2005, 323).

#### 4. Conclusiones

Gracias a su capacidad para condensar ideas complejas en frases breves y memorables el aforismo ha demostrado ser una de las herramientas más eficaces para la transmisión

de las ideas filosóficas. La longevidad y reproducción histórica de algunos aforismos como “conócete a ti mismo” (*γνωθι σεαυτόν*) o “atrévete a saber” (*sapere aude*), que han dado lugar a miles de páginas de exégesis, atestiguan la vinculación existente entre filosofía y aforismo. Ahora bien, es cierto que los grandes aforistas filósofos, como Heráclito, Pascal, o Nietzsche ocupan lugares incómodos para la historia de la filosofía porque impugnan precisamente la ortodoxia de la filosofía que consiste en producir grandes sistemas de pensamiento. En este sentido es interesante quedarse con la tesis sostenida por Andrew Hui en su libro *Teoría del aforismo* (2021) donde afirma que:

El filósofo crea y critica líneas de argumentos. El escritor de aforismos, por el contrario, da forma a líneas desperdigadas de intuiciones. Uno se mueve a lo largo de una cadena lógica discursiva; el otro por arrítmicos saltos de mata. Buena parte de la historia de la filosofía occidental puede narrarse como una sucesión de intentos de construir un sistema. Mi teoría propone que una amplia porción de la historia del aforismo puede entenderse como muestra de animadversión, como un dar la espalda a los grandes sistemas de pensamiento por medio de la construcción de fragmentos literarios. (14)

De esta forma, “los aforismos se dan antes, en contra y después de la filosofía. Heráclito es anterior a Platón y a Aristóteles, y se opone a ellos, Pascal se sitúa después de Descartes y frente a él, Nietzsche es posterior y contrapuesto a Kant y Hegel” (Hui 14).

Estando de acuerdo con Hui, hemos querido presentar a Voltaire, quizá el más famoso de los *philosophes* ilustrados franceses, no como un pensador sistemático, sino como un literato con una marcada vocación social y política, cuyo estilo directo, irónico y conciso se plasma mejor en aforismos que en largos tratados. Como señala muy acertadamente Roberto Rodríguez Aramayo:

Temeroso de aburrir al público, aburiéndose de paso él mismo, Voltaire no escribe sesudos tratados como Kant, porque sabe muy bien que un epigrama, esto es, un pensamiento expresado con suma brevedad y agudeza, puede calar mucho más hondo y resultar bastante más eficaz que libros enteros carentes de amenidad. Un decidido partidario del aforismo, como lo era él, había de recurrir, por consiguiente, a las narraciones cortas, como es el caso de su delicioso *Cándido*, un cuento destinado a socavar de un plumazo los cimientos del majestuoso edificio metafísico erigido pacientemente por Leibniz, al demostrar con grandes dosis de causticidad que la tesis leibniziana del optimismo era una vana quimera (Voltaire 2021, 14)

Esta voluntad de dejar huella en el gran público le llevó a acuñar el aforismo *Écrasez l'infâme!*, con el que llegó incluso a firmar algunos de sus escritos, y que sintetiza el espíritu crítico de la intolerancia que lo acompañará toda su vida, ejerciendo como un verdadero intelectual

que decide incidir en la opinión pública mediante sus escritos para pronunciarse sobre las cosas y cuestiones del momento, denunciando cuantos desmanes e injusticias vayan compareciendo ante sus ojos, a fin de movilizar las conciencias para reparar los atropellos cometidos contra la moral y el derecho. (R. Aramayo en Voltaire, 2015: 34-5).

Su testamento vital es el de un *philosophe* que se sirve de la literatura para hacer

filosofía, por eso una de las formas de mantener vivo su legado es a través de la recuperación de aforismos extraídos bien de sus obras, bien de su correspondencia. He aquí algunos de ellos:

La tolerancia es un asunto de Estado. Se está aprestando el reinado de la razón (Voltaire, 2013: 13)

Las injusticias atroces son siempre heridas recientes (Voltaire, 2013: 22)

Reconoced que es grato haber nacido en un país libre. En lo que a mí se refiere, si alguna vez regreso al mundo, quiero volver a nacer republicano (Voltaire, 2013: 43)

## Referencias Bibliográficas

- Bonet-Maury, G. "The Edict of Tolerance of Louis XVI. (1787) and Its American Promoters", *The American Journal of Theology* 3, no. 3, pp. 554-65, 1899.
- Bouveresse, Jacques. "Le règne de Louis XIV, ou la rupture définitive entre la société française et la monarchie", *Les Annales de droit*, 10, 77-96, 2016.
- Bundgaard, Ana. "Fragmento, aforismo y escrito apócrifo: formas artísticas del pensamiento" en *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*. Ed. Juan Francisco García Casanova. Granada: Comares, 2002.
- Charbonnat, Pierre. *Historia de las filosofías materialistas*, Biblioteca Buridán, 2007.
- Craveri, Benedetta. *La cultura de la conversación*. Trad. Esther Benítez. Madrid: Siruela, 2004.
- Craveri, Benedetta. *Madame du Deffand y su mundo*. Trad. Esther Benítez. Madrid: Siruela, 2005.
- Danley, M. H. y P. J. Speelman (eds.) *The Seven Years' War*, Leiden/Boston: Brill 2012.
- Delort, Joseph. *Histoire de la détention des philosophes et des gens de lettres à la Bastille et à Vincennes*, en 3 vol. París : Hachette/BNF, 2016 [1829].
- Du Marsais, *Le philosophe 20*. Recogido en *Nouvelles libertés de penser*, Trad. Genoveva Arcaute. Amsterdam : 1743. Accesible en : <http://www.saltana.org/1/arg/641.htm#.YTDQhy01Pq0>;
- Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto*. Madrid: Akal, 2005.
- Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo XXI, 2009.
- Grant, Be. *The Aphorism and Other Short Forms*. Londres: Routledge, 2016.
- González, José Ramón. "Entre lo *micro* y lo *macro*: hacia una tipología empírica del libro de aforismos como género de discurso". *Microtextualidades. Revista Internacional de microrrelato y minificción*, n.º 3, 97-107, 2018: <https://doi.org/10.31921/microtextualidades.n3a7>
- Hui, Andrew. *Teoría del aforismo: De Confucio a Twitter*. Trad. Rodrigo Guijarro Lasheras. Teorema. Madrid: Cátedra, 2021.
- Jonathan, Israel. *Una revolución de la mente*, Pamplona: Laetoli, 2015.
- Lough, John., *The philosophes and post-revolutionary France*, Oxford: Clarendon, 1982.

- McKenna, Antony. “Les manuscrits philosophiques clandestins de l’Age classique: bilan et perspectives des recherches”, *XVIIIe Siècle*. N° 192, 523-35, 1996.
- Maingueneau, Dominique. *Les phrases sans texte*. Paris: Armand Colin, 2012.
- Mikaëloff, Ph. “Voltaire et le blasphème du chevalier de la Barre”, Conférence dans l’Académie des Sciences, Belles Lettres et Arts de Lyon, prononcée le 19/09/2017, Accesible en : [https://academie-sblal-lyon.fr/media/Conferences/Resumes/20170919\\_Philippe\\_Mikaeloff\\_resume.pdf](https://academie-sblal-lyon.fr/media/Conferences/Resumes/20170919_Philippe_Mikaeloff_resume.pdf)
- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 2012.
- Recas, Javier. *Una aguda y grácil miniatura: Notas sobre el aforismo*. España: Apeadero de aforistas, 2020.
- Renwick, J. “Voltaire and the politics of toleration”, Cronk, N. (ed.) *The Cambridge Companion to Voltaire*, Cambridge: Cambridge Univerisity Press, 179-93, 2009.
- Valéry, Paul. *Cuadernos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2022.
- Voltaire, *Le Siècle de Louis XIV*, tomos 14-15, Oeuvres complètes de Voltaire, Paris: Garnier, 1878.
- Voltaire. *Aforismos: Extraídos de la correspondencia*. Trads. María Teresa Gallego y Amaya García. Madrid: Hermida Editores, 2013.
- Voltaire. *Tratado sobre la tolerancia*, Ed. Roberto Rodríguez Aramayo. Madrid: Tecnos, 2015.
- Voltaire. *Escritos anticristianos Ed.* Bernat Castany Prado. Pamplona: Laetoli, 2022.